

---

## EL HOSPITAL DE BELEN.

---

**P**RESUMIAMOS que íbamos á tener tiempo suficiente para describir, con todos sus detalles, el cuadro á la par aterrador y sublime que presenciaron los años de 1785 y 1786: aterrador, porque la muerte tomó el aspecto de una hecatombe y se sirvió de una guadaña de doble filo: el hambre y la peste; sublime, porque la caridad cristiana revisió en aquella vez tan extraordinarias proporciones, que los que conocemos casi uno á uno los actos heroicos que entonces llevó á cabo, apenas podemos concebir tamaña grandeza; pero el breve plazo de que disponemos para terminar estas lucubraciones y que está ya espirante, sólo nos permite delinear dos trazos de ese cuadro. De otro modo, habríamos pintado en él los estragos causados en esta capital, por una epidemia de sarampión, que duró desde febrero hasta abril inclusive, siendo tal su intensidad que se contaron ochenta muertos por día; habríamos hecho ver el espanto causado por una furiosa tempestad, que cayó en la tarde de 9 de mayo siguiente, que fulminó un rayo que

fué á destruir el cimborrio de la iglesia de los Dominicos y que fué subseguida de un recio terremoto; los temores graves que por el mes de julio causaba la sequía; las fervientes rogativas que se hacían al cielo por el mes de septiembre para que dejara correr su bienhechora lluvia; al Ayuntamiento mandando, en noviembre, comisionados á todas partes para proveer de maíz á la ciudad; al egrégio Sr. Alcalde ofreciendo desde entonces todos los caudales de su Iglesia en calidad de gracioso empréstito; á todas las autoridades, obedeciendo las sabias medidas que desde 11 de octubre dictó el Virrey primer conde de Gálvez; (73) al año de 86, *año del hambre*, iniciarse con aquella calamidad espantosa; al Alcalde Mayor de Zapotlán, coleccionar en su jurisdicción, junto con el Oidor D. Guillermo de Aguirre, más de veinte mil fanegas de maíz para proveer á la capital neo-gallega; á las maestras del Beaterio dando de comer á más de cien niñas de las que concurrían á la escuela; al Prior de Santo Domingo, negando á los religiosos la comida del refectorio para darla á los pobres; á los hijos de Guadalajara siendo presa de las enfermedades contraídas á causa de la mala alimentación, en tal exceso que en sólo el 22 de abril se contaron más de cien muertos y el número regular, á diario, seis días después, llegaba á sesenta; á los hospitales, hallándose atestados de enfermos y haciendo necesario ese motivo que se abriera otro hospital en el clausurado colegio de San Juan, el día 25; á los varones misericordiosos, cuyo celo alentaba el Sr. Alcalde, estableciendo un hospicio para los mendigos, en donde se recogieron 140 y á cuyo sustento contribuyó la piedad de D. Manuel Cañedo con mil fanegas de maíz, cuyo precio corría entonces á cinco pesos cada una; al cura del Santuario, Dr. Rios, hacer un fondo con varias limosnas y de su propio peculio para socorrer, por mano de sus ministros, á los pobres á quienes iban á administrar los sacramentos; á aquel P. Chávez, de quien tuvimos ya ocasión de hablar largamente, que viendo "que se acababa la ciudad, pues se estaba verificando que se morían (los vecinos) de necesidad y los que estaban convalecientes parecían esqueletos de la misma muerte," iba de casa en casa solicitando limosnas para abrir una cocina pública en el Beaterio, lo que verificó después de reunir entre beneméritas

personas (siendo una de ellas la Regente), más de mil pesos, en la cual cocina se estuvo alimentando á los necesitados hasta que se acabó el maíz, y aun entonces se dió el arbitrio de mezclar el *nixtamal* con zacate picado ó con paja molida y colada, compuesto con el que se hacían poleadas para prolongar algo más la vida de los infelices: tal es el beneficio que entonces dió el Beaterio y á que á su tiempo nos referimos. A imitación de ésta veríamos abrirse las otras dos ó tres cocinas (74) establecidas para el socorro de los indigentes; los temblores, tornando á hacerse sentir y viniendo á aumentar la desolación, pues en solo el 14 de octubre, desde la madrugada hasta las dos de la tarde, tuvieron lugar más de dieciseis, acompañados de ruidos subterráneos; y por último, cómo no se llegó á tener respiro en tantos apuros, sino hasta ya al terminarse el año. Detalles son todos esos de un cuadro en que la figura principal debió ser el Sr. Alcalde, que fué el alma de todas las manifestaciones de amor fraternal, de santa caridad, que entonces se dieron aquí y en toda la extensión de su Diócesis: él, junto con su Cabildo, prestó á las autoridades ciento veinte mil pesos para la compra de maíces; él, con ayuda de la Audiencia y de otros hombres misericordiosos, hizo que se abriera el hospicio; gracias á él se instaló el hospital del colegio de San Juan; él sostuvo en gran parte el gasto de las cocinas públicas; él mandaba socorrer á los habitantes de Mazapil, á sus solas expensas, con tanta largueza, que de dos mil hombres que se mantenían con los auxilios que envió, no hubo uno que pudiera volverse entonces á quejar de hambre; y como á aquel pueblo, benefició en esa época aciaga á todos los demás de que tuvo noticia que estaban afligidos por la falta de mantenimientos. (75) Los biógrafos pintan justamente á nuestro Obispo, en aquellos azarosos días, á pié y con los ojos humedecidos por el llanto, recorriendo los barrios; acercándose á los lechos de los moribundos, sin temor al contagio; repartiendo en persona y con un celo infatigable, alimentos, medicinas, abrigos y vestidos. (76) ¡Figura magnífica que irradia en la luz de la caridad y que baña con sus fulgores las escenas desgarradoras que apenas hemos podido esbozar!

Mas ¡quién lo creyera! El cúmulo de males que descendió sobre nuestros antepasados en el año del hambre, produjo el

más grande bien que disfrutaran los descendientes. Con efecto, se realizó entonces una vez más este gran principio histórico: "de los padecimientos resultan las mejoras." (77)

Ya se ha visto en la imperfecta y sucinta reseña que acabamos de hacer, cómo se extendió la peste por la ciudad entera y que fué preciso mandar abrir un hospital provisional.

Eran insuficientes, sin el menor género de duda, para las necesidades de la Ciudad, en las situaciones extraordinarias, como aquella en que se encontraba entonces, los dos hospitales que existían. El Real, ó de Belén, situado en el sitio que hoy está el Mercado Corona, tenía sólo cinco piezas, dos destinadas para enfermerías de mujeres y las restantes para hombres; y en las cinco, donde solo cabían 52 camas, durante una epidemia de sarampión que hizo estragos en el territorio el año de 1747, se aposentaban más de ciento cincuenta pacientes, sin que apenas quedara en ellas "campo por donde andar," pues no sólo las camas estaban ocupadas, sino que también entre lecho y lecho había hasta cuatro y cinco personas echadas en el suelo, otras en las crujiás y pasadizos, y otras en "las media nías de las salas," por lo cual fué preciso que el Presidente Don Fermín de Echevers providenciara que por entonces no se recibieran ya en aquel asilo más enfermos. En la última epidemia, aunque se habían puesto tres órdenes de camas y se habían asilado, en las celdas de los religiosos algunos de los febricitantes, había sido con escaso provecho, pues pocos habían sido los beneficiados.

El hospital de S. Juan de Dios, á su vez, sólo estaba formado por una pieza de treinta varas y cuarta de longitud por seis y cuarta de latitud y en la cual había dieciseis camas, (78) las que en mejores épocas, llegaron á aumentarse á veinticinco. (79)

Mucho tiempo hacía que reclamaban de tan grandes deficiencias los hombres pensadores; pero hasta 1776 no había habido alguna persona piadosa que se decidiera á afrontar el enorme gasto que exigía la construcción de un edificio suficientemente espacioso y dotado de las condiciones higiénicas que eran apetecibles y de las que carecían por completo los hospitales existentes. La peste, que hizo comprender la falta de un asi-

lo de esas condiciones fué, también la que movió el corazón magnánimo del Sr. Alcalde á emprender una obra tan grandiosa.

Corridos todos los trámites con la autoridad civil, cedido por el Cabildo secular el terreno suficiente para que se levantara el hospital en que pudieran caber cómodamente más de mil enfermos, una iglesia, convento para religiosos y un amplio cementerio, en 26 de febrero de 1787 tomó posesión del sitio el Presidente de los betlemitas, con asistencia del oidor D. Manuel José de Urrutia, de dos Regidores y del Síndico; empezándose al siguiente día á abrir los cimientos de aquella nueva fábrica que comprendía 760 varas de largo por 580 de ancho.

Empeñosamente se trabajaba en terminar la obra, cuando murió el Sr. Alcalde, quien, según la tradición, no quiso ya ir á verla cuando estaba muy adelantada, por temor de que le asaltase la más lijera vanidad. Empero, el previsor y bien aconsejado Obispo, de antemano le había dado rentas considerables para que subsistiese: éstas fueron el producto de un capital de \$154.000 de que hizo donación en escritura otorgada el 12 de febrero de 88. (80)

No fué sino algún tiempo después, de ese lamentable fallecimiento cuando vino á verificarse la translación del Hospital antiguo á aquel en que el excéso difunto dejaba, á su amada grey, recuerdo imperecedero. En 3 de mayo de 94, efectivamente, se estrenaban las espaciosas enfermerías, acogiendo en ellas á cuantos pacientes acudieron, habiéndose previamente verificado la celebración de la Misa y hecho en el Oratorio el depósito que se dejó para la administración de los Sacramentos; reservándose para después la translación solemne del Santísimo Sacramento y la de los huesos de los difuntos á la nueva Iglesia. (81).

Constaba entonces el Hospital de siete salas, dos manicmios, uno para hombres y otro para mujeres, un departamento para la botica, gran número de habitaciones para los empleados, la iglesia y un cementerio, que es el que hoy lleva por nombre "Patio de los pobres;" todo esto había costado, incluyendo la dotación referida, doscientos setenta y cinco mil ciento sesenta y ocho pesos tres reales. (82).